

Cuento (corto) y cuentas (largas) en «La escritura del dios»

Esto lo escribiremos ahora dentro de la ley de Dios, en el Cristianismo; lo sacaremos a la luz porque ya no se ve el *Popol Vuh* (sic), así llamado, donde se veía claramente la venida del otro lado del mar, la narración de nuestra obscuridad, y se veía claramente la vida.

Existía el libro original, escrito antiguamente, su vista está oculta al investigador y al pensador.

Recinos, *Popol Vuh*, págs. 84-85¹

La polémica en torno al Quinto Centenario presta una nota de seriedad a la discusión de «La escritura del dios», el único cuento de Borges que trata de la invasión española del llamado Nuevo Mundo. El narrador del cuento es un sacerdote maya, Tzinacán, encarcelado desde la conquista de Guatemala (1524-27) por Pedro de Alvarado; intenta descubrir la ubicación de una inscripción mágica hecha por su dios en el momento de la creación. Su cárcel es la mitad de una celda cilíndrica, en el techo de la cual una ventanita es abierta diariamente por un guardia que hace bajar un jarrón de agua y un plato de carne. La otra mitad del cilindro la ocupa un jaguar, vislumbrado por un instante al mediodía cuando se abre la ventanita. El cuento consiste en una serie de revelaciones: que el mensaje del dios está inscrito en el jaguar, que es una fórmula de catorce palabras, que una vez que Tzinacán la haya descifrado ya no le interesa pronunciarla. El cuento termina, pues, con un gran acto de renuncia-

¹ Edmonson (Book of Counsel, pág. 7) y Tedlock (pág. 33, 243) afirman que esta declaración no tiene que ver con el texto precolom-

bino del Popol Vuh sino con su lector. De sus comentarios parece evidente que hubo un pequeño grupo de iniciados instruidos en el ar-

te de leer e interpretar los escritos herméticos, y que este grupo estuvo acosado, encarcelado o asesinado después de la invasión española.

Es razonable pensar que Tzinacán, el sacerdote del dios jaguar del cuento de Borges, formara parte de este grupo.

ción, porque si Tzinacán pronunciara la fórmula mágica, restauraría el viejo orden y se haría todopoderoso².

En el cuento no se explica casi nada del contexto cultural o histórico³; Tzinacán da por sentada la tradición de la que procede y el carácter de su profesión. Por supuesto no se identifica como «maya», ya que esta categorización no tendría un sentido único para él en el mundo fragmentado de los reñidos estados quichés y cakchiqueles en la Guatemala de la primera mitad del siglo dieciséis. Hay una breve referencia hacia el final del cuento al emperador azteca Motecuzomah II: «Cuarenta sílabas, catorce palabras, y yo, Tzinacán, regiría las tierras que rigió Moctezuma» (*Obras completas*, pág. 599); algunos críticos se han engañado con esta frase y piensan que Tzinacán es un sacerdote azteca⁴ (y otro factor que se presta a esta equivocación es el hecho que el nombre Tzinacán es náhuatl y no maya)⁵. Sin embargo, hay también una referencia inequívoca al *Popol Vuh*, el libro sagrado quiché escrito en el alfabeto romano después de la invasión española, versiones del cual formaban elementos comunes de las culturas de los distintos pueblos de ascendencia maya en Guatemala y México:

Vi los orígenes que narra el Libro del Común. Vi las montañas que surgieron del agua, vi los primeros hombres de palo, vi las tinajas que se volvieron contra los hombres, vi los perros que les destrozaron las caras. Vi el dios sin cara que hay detrás de los dioses. Vi infinitos procesos que formaban una sola felicidad y, entendiéndolo todo, alcancé también a entender la escritura del tigre (pág. 599).

Lo que propongo hacer aquí es reconstruir lo que Borges pudo saber de las culturas mayas en 1949 (cuando se publicó el cuento), atar los cabos sueltos culturales en el relato de Tzinacán y especular sobre el sentido del desenlace del cuento, cuando Tzinacán resuelve aceptar la aniquilación.

² Este pasaje tiene paralelos obvios con la Cábala, como han visto Alazraki, Sosnowski, Aizenberg y otros. Pero llamar al cuento una «búsqueda cabalística», como hace Sosnowski, es una manera de no leer los elementos maya-quichés en él. Desgraciadamente, los que utilizan el cuento para hacer de Borges un escritor «cabalístico» suelen no prestar atención al material específico del cuento, y, sobre todo, prefieren olvidarse de una frase crucial del cuento: «El éxtasis no repite sus símbolos». La tarea para los que quieren descubrir las huellas de la Cábala en el cuento

sería integrar el contexto explícito maya-quiché con el posible (o implícito) substrato cabalístico.

³ El único crítico que toma en serio el contexto guatemalteco del cuento es Jaime Giordano (ver págs. 110, 115). Sin embargo, a pesar de que se refiere a elementos guatemaltecos y al *Popol Vuh*, no integra estas referencias a su interpretación del cuento, que se acerca más bien a una interpretación existencialista.

⁴ Para un ejemplo de esta confusión, ver Murillo, págs. 203-204. En una ponencia en Kentucky en abril de 1991,

Joseph Tyler volvió a cometer el mismo error.

⁵ Mucho antes de la invasión española de Guatemala, ya hubo una fuerte influencia mexicana, expresada en el uso de toponimia náhuatl, resabios mexicanos en la arquitectura y la religión, y una historia mítica que vincula la historia de las élites quichés y cakchiqueles con la historia de Tula y el valle de México. Ver Coe (pág. 135), Thompson (págs. 267-268), Pérez Brignoli (págs. 37-38). En el período inmediatamente anterior a la llegada de los españoles, Moctezuma envió mensajeros en

1510 y otra vez en 1519-1520; en el segundo viaje los mensajeros le informaron de la llegada de los españoles a la costa de México (Bricker, pág. 29; Kelly, pág. 133). El mapa que acompaña el artículo de León-Portilla sobre la Mesoamérica de 1519 muestra las fronteras de la penetración mexicana en el área (Cambridge History of Latin America, t. 1, pág. 35); agrega que el náhuatl servía de lengua franca en toda la región (t. 1, pág. 36). Ver también Carmack, sobre el uso del náhuatl para designar la capital quiché de K'umarcaaj (pág. 143).

En primer lugar, será útil demostrar de dónde provienen las referencias culturales que Borges utiliza aquí. Ya que éste es su único cuento de un tema mesoamericano⁶, hay pocos elementos con que trabajar. Sabemos que dos amigos de Borges se habían interesado en el *Popol Vuh* y el pasado mesoamericano: Alfonso Reyes, cuya *Visión de Anáhuac* (1917) es una vívida meditación sobre México-Tenochtitlan, escribió *Letras de la Nueva España* en 1946. En la introducción a este libro Reyes resume brevemente el contenido del *Popol Vuh*, y lo caracteriza de esta manera:

Un laberinto de cosmogonía, teogonía y génesis humana; creación, no *ex nihilo*, sino arrancada, como entre los griegos, de alguna materia preexistente; antropocentrismo que junta en el pecho del hombre los doce puntos cardinales, según los tres cuadros concéntricos del cielo, la tierra y la infratierra; mezcla de religión, en que el sacerdote implora, y de magia, en que ordena y esclaviza al dios con la palabra; cábala de los números sacros; parangón del contraste egeo-helénico entre una creencia de los vencidos, popular, ctónica, algo perseguida, oculta en cavernas e impregnada de «nagualismo» (espíritu guardián y metamorfosis animales), y una creencia oficial de los vencedores, instituida en iglesia, y al cabo, menos resistente que la otra al embate del cristianismo, según todavía se comprueba en la brava supervivencia de los lacandonnes. (*Obras completas*, t. 12, pág. 287)⁷.

Pedro Henríquez Ureña, que para aquel entonces residía en la Argentina después de un largo período mexicano, también discute el *Popol Vuh*, aunque de manera más concisa que Reyes, en su *Historia de la cultura en la América Hispánica* (1947): según Henríquez Ureña, los mayas y quichés tenían ideas precisas de la astronomía y las matemáticas y utilizaban un sistema de escritura que evolucionaba desde los jeroglíficos hacia la escritura fonética. Después de la conquista, informa el estudioso dominicano, algunos de ellos, «aficionados a conservar escritas sus tradiciones religiosas e históricas» (pág. 15), utilizaron el alfabeto romano para conservar algunos textos. Los que Henríquez Ureña menciona son el *Popol Vuh*, caracterizado por él como «el libro quiché sobre los orígenes del mundo y del hombre», la obra teatral *Rabinal Achí*, los *Anales de los Cakchiqueles*, y los «libros mágicos» llamados *Chilam Balam* (pág. 15). No deja de ser significativo que la mayor parte de estas obras se publicaba en ese momento en ediciones que circulaban ampliamente en todo el mundo hispánico, producidas por la nueva editorial mexicana, el Fondo de Cultura Económica, con la cual tanto Reyes como Henríquez Ureña estaban asociados de manera importante⁸. El volumen inaugural de la «Biblioteca Americana» (dirigida por Henríquez Ureña) fue justamente una traducción hecha por Adrián Recinos del *Popol Vuh* (1947)⁹; el octavo volumen fue la edición a cargo de Alfredo Barrera Vásquez y Silvia Rendón del *Libro de los libros de Chilam Balam* (1948), mientras el undécimo fue la traducción de Adrián Recinos del *Memorial de Sololá*, también llamado los *Anales de los cakchiqueles* (1950). Ya que «La escritura del dios» se publicó por primera vez en *Sur* en 1949, Borges pudo leer apenas las dos primeras obras de las que acabo de mencionar, a menos que haya visto galeras de los *Anales de los cakchiqueles* o consultado otra traducción anterior de dicha obra. En todo caso estas tres obras le dan todo lo que necesita para redactar «La escritura del dios», un relato que demuestra un conoci-

⁶ En su última poesía hay unas cuantas referencias a la ciudad yucateca de Uxmal: ver *Los conjurados*, 39, 41, 44. Muchos años antes, en el discurso de 1945 agradeciendo el «gran premio de honor» que le había concedido la Sociedad Argentina de Escritores al publicarse *Ficciones*, Borges dice: «Sueños y símbolos e imágenes atraviesan el día; un desorden de mundos imaginarios confluye sin cesar en el mundo; nuestra propia niñez es indescifrable como Persépolis o Uxmal» (Páginas de Jorge Luis Borges, pág. 172). Nótese el adjetivo «indescifrable» vinculado implícitamente a la civilización maya, sin duda por la dificultad de descifrar la escritura glífica.

⁷ A pesar de que Borges suele elogiar en Reyes la claridad de su prosa, éste no sería un ejemplo muy afortunado.

⁸ Unos años más tarde, Borges y Bioy prepararán para la «Biblioteca Americana» del Fondo de Cultura una edición en dos tomos de *Poesía gauchesca* (1955).

⁹ Claro está que Borges pudo haber consultado otras ediciones anteriores del *Popol Vuh*, incluso la traducción francesa de Georges Raynaud (1925) y la versión castellana de ésta preparada por Miguel Ángel Asturias y J. Manuel González de Mendoza en 1927. Prefero hacer hincapié aquí en la traducción de Recinos porque circuló más.

miento de material muchas veces opaco para el no especialista. Borges pudo utilizar el material maya de modo sintético e imaginativo, buscando maneras de decir algo nuevo (y acertando en el uso de los detalles). Su aproximación al mundo maya revela más respeto y simpatía que algunos otros de la época, ya que José Vasconcelos, por ejemplo, apenas menciona de modo despectivo el *Popol Vuh* y otros monumentos de la América indígena (págs. 17, 157).

El «Tzinacán» histórico fue cacique de los cakchiqueles en Iximché. En cakchiquel se llamaba Ahpozotzil [que significa «el rey murciélago» (Kelly, pág. 132) o «guardián del petate del murciélago» (Tedlock, pág. 183)]¹⁰. Se menciona en el *Popol Vuh*, en la discusión de las diferencias lingüísticas y religiosas entre los quichés y sus vecinos y tradicionales enemigos, los cakchiqueles. La traducción de Recinos es la siguiente:

Ahora bien, la lengua de los cakchiqueles es diferente, porque era diferente el nombre de su dios cuando vinieron de allá de Tulán-Zuyva. *Tzotzihá Chimalcán* era el nombre de su dios, y hablan hoy una lengua diferente; y también de su dios tomaron su nombre las familias *Ahpozotzil* y *Ahpoxá*, así llamadas (pág. 201).

Aquí Recinos agrega una nota que sin lugar a dudas es la fuente inmediata que utiliza Borges:

Ahpozotzil y *Ahpoxahil* eran los nombres del rey de los cakchiqueles y de su adjunto y heredero. Los españoles dieron al primero, que gobernaba en 1524, el nombre de Sinacán, del náhuatl *Tzinacán*, que también significa murciélago (pág. 201n.).

Uno de los españoles aquí mencionados es Bernal Díaz del Castillo, hacia el final de cuya *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* se puede leer:

allí me hirieron de un flechazo, mas no fue nada la herida, y luego venimos a Petapa, y otro día dimos en este valle que llamamos «del Tuerto», donde ahora está poblada esta ciudad de Guatemala, que entonces todo estaba de guerra sobre pasarlos con los naturales; y acuérdome que cuando veníamos por un repecho abajo comenzó a temblar la tierra de tal manera, que muchos soldados cayeron en el suelo, porque duró gran rato el temblor; y luego fuimos camino del asiento de la ciudad de Guatemala «la vieja», donde solían estar los caciques que se decían Cinacan y Sacachul, y antes de entrar en la dicha ciudad estaba una barranca muy honda, y aguardándonos todos los escuadrones de los guatemaltecos para no dejarnos pasar, y les hicimos ir con la mala ventura, y pasamos a dormir a la ciudad (t. 2, págs. 347-48).

El incidente en cuestión ocurrió después de la conquista inicial de los quichés por parte de Pedro de Alvarado en 1524 (ayudado en este momento por los cakchiqueles, según nos informan los *Anales de los Cakchiqueles*, como Cortés había gozado de la ayuda de los tlaxcaltecas en su guerra en contra de los aztecas), y al poco tiempo de la destrucción de la capital quiché Utatlán por Alvarado. Apenas dos años más tarde, las relaciones entre Alvarado y los cakchiqueles se enfriaron de tal manera que Ahpozotzil/Tzinacán buscó una alianza con el cacique quiché Sacachul para pelear en contra de los españoles¹¹. Después de esta rebelión, a su vez, Alvarado arrasó la capital cakchiquel Iximché, y comenzó la construcción de la ciudad española Santiago de Guatemala¹². La destrucción de la pirámide sagrada al dios Qaholom donde Tzi-

¹⁰ Según Kelly, Ahpozotzil era un título honorífico del rey cakchiquel, no el nombre de un rey específico (págs. 132, 134). Su libro se publicó en 1932 y pudo haber sido fácilmente una de las fuentes del cuento. Otros estudios llegan a diferentes conclusiones en cuanto a si Ahpozotzil era el nombre de un individuo o un simple atributo del título del rey cakchiquel. Bricker, por ejemplo, afirma que el nombre es el de un individuo (pág. 35).

¹¹ Cp. Juarros: «Este cacique [Ahpozotzil] se sublevó en 1526, y estuvo por muchos años preso en Guatemala; en los libros del Cabildo se le llama Sinacan» (pág. 452n.).

¹² Para una versión concisa (pero muy vieja) de la rebelión cakchiquel, véase Kelly (págs. 169-172).